

EN ESTE TIEMPECITO

Añorante, el Hombre de Otros Tiempos dijo: "Antes todo era más grande". "¿Todo?". "Sí. Los pañuelos tenían un gran tamaño. Y los pasteles, ¡Qué grandes eran entonces los huevos! Con perdón, claro". "Y mejorando lo presente". "Ahora, todo disminuye, se hace pequeño. Los coches, las habas. Los pollos. ¡Y los políticos!". "Efectivamente; antes, Indalecio Prieto, Pedro Rico, tenían un volumen considerable. El mismo Azaña...". "No se burle. Me refiero a otra grandeza. A lo que hacía que un tribuno alzase su voz estentórea ante los diputados y comenzase diciendo 'Grande es Dios en el Sinaí...'. "Realmente, Dios también era más grande entonces. Y del Sinaí, no hablemos...". "Ya no hay tribunos. ¿Aplicaría usted a uno de los pequeños, entecos políticos de ahora el glorioso nombre de tribuno? ¿Conoce usted alguno con la voz estentórea?". "Claro, es que ahora hay micrófonos... Y si alguien dijese para comenzar lo de 'Grande es Dios en el Sinaí', se produciría alguna carcajada... Pero tienen su vocabulario. Mire usted, cuando el señor Martín Villa dice: 'Estoy absolutamente decidido a que los cambios se hagan dentro del sistema. Todo puede hacerse dentro de él y nada debe hacerse fuera de él', está planteando una curiosa proposición con suspense, con enigma... Cambio, sistema, dentro, fuera, son términos actuales. Como democracia...".

"¿Qué grande era entonces la democracia!", suspiró el Hombre de Otros Tiempos, con su obsesión de la grandeza. "Y, ahora, qué pequeñita...", continuó: "Como los huevos, evidentemente". "¿Una democracia de juguete, una democracia para andar por casa!". "Hombre, según por donde ande usted. No se fie mucho, por si acaso. Aquí lo interesante es decir que se es demócrata, pero no intente usted serlo en serio...".

El Hombre de Otros Tiempos piensa que entonces, su entonces, todo tenía otras medidas. "Pero ahora somos más y hay que repartir lo mismo entre todos. Piense usted que hay una cantidad invariable de tela de pañuelos y un número creciente de narices. Hay dos soluciones: o cortar las narices, o disminuir el tamaño de los pañuelos. Reconozca usted que es más humano reducir el tamaño de los pañuelos. Y el de, con perdón, los huevos. Y, claro está, el tamaño de la democracia. La cantidad de democracia que admiten las clases dirigentes es invariable: es siempre la misma. En cambio, cada año que pasa somos mayor número de españoles, y hasta más altos aunque usted no lo reconozca. Por lo tanto, tocamos a mucha menos democracia que en tiempos de la I República. Y que en tiempos de la II República, también. ¿Qué pasaría si cada español quisiera tener una libertad absoluta? ¡No habría bastante para todos! O tendríamos que tomarla de la gran reserva de que disponen las clases privilegiadas, y eso está mal. Y además, no nos dejan. Por eso tenemos que conformarnos con nuestro trocito de libertad. Somos libertitos, ciudadanitos liberaditos por los politiquitos pequeñitos de nuestro tiempesito. Piense usted que somos demasiados... Como con el dinero. Tenemos que tener poquito, arreglarnos con él. Con nuestro trocito de libertad y nuestras moneditas. Para entrar en el Mercadito comuncín europeo. Ya ve usted, nuestro Areilcita cómo ha convencido hasta a los holandesitos con su buena labia. No les va a gritar de pronto que Dios es grande en el Sinaí: tiene que decirles que la democracita es chiquitina para los españolitos, pero que como somos muchitos, es como una democracioti grandota en cuanto sumemos la de todos...". El Hombre de Otros Tiempos se sulfuró (entonces, la gente se sulfuraba; ahora se cabrea, o se enrolla, o da un corte, o quién sabe qué demonios hace) y me gritó: "¡Es usted un gigantesco imbecil!". "¡No, no! Un imbecilito pequeñito. En sus tiempos había hasta grandes imbeciles, fastuosos tontos. Ahora somos todos tontitos, cretinillos, imbecilines...". ■

POZUELO



Unos niños juegan con aguas residuales en un barrio madrileño. Las condiciones sanitarias de los barrios son muy precarias.

guntan qué tienen ellos que no tengan los de Barcelona, por ejemplo, cuya Federación está hace tiempo reconocida y recientemente ha celebrado sin inconvenientes una asamblea de este tipo.

Lo cierto es que nadie les da razones, y como los problemas no se resuelven solos, ni la realidad se disuelve por Decreto, los vecinos tendrán que seguir afianzando la imaginación y ver de arreglárselas para hacer oír su desacuerdo con la política de silencio y prohibiciones que están sufriendo.

El día 22 se congregaron en el lugar de la asamblea denegada unos 4.000 vecinos que con su presencia dejaron constancia de este desacuerdo. Cuando se dirigían a Correos para enviar un telegrama al ministro de la Gobernación en este sentido, fueron duramente disueltos por la Policía.

El problema tal vez no esté en la imaginación y en las posibilidades de ésta de hallar fórmulas viables de discrepancia, sino en la posibilidad misma de la discrepancia. ■ GLORIA OTERO. Foto: CESAR F. RUSS.

